



Amortigüen mis pesares
los ritmos de tus bordones,
guitarra cuyas canciones
se cimbran en los palmares:
dí que a los brillos lunares
y si resopla el pampero,
cruza el llano y el estero
el jinete sin cabeza
que se oculta en la maleza
cuando se apaga el lucero.

¿Sin cabeza dije? — No,
porque a la mano crispada
de su dueño, la tronchada
cabeza auxilio pidió;
aquella mano la alzó
por los cabellos asida,
y la cabeza sin vida,
gota tras gota sangrando,
va los yuyos amustiando
con el riego de su herida.

¿Quién ha sido y qué querrá?
Ninguno la reconoce:
sale después de las doce,
al amanecer se va.
El que la mire tendrá
mala vida y mala muerte,
porque jután que es tan fuerte
y malévolo su hechizo
que en venado asustadizo
a los que la ven convierte.

El duende descabezado
negro potrero jinetea,
y a su potrero agujonea
tras el corredor venado;
le sigue por el bañado,
por la loma, la llanura,
y si le salva la pura
transparencia matutina,
los blancos dientes rechina
al hundirse en la espesura.

El jinete sin cabeza



por
CARLOS
ROXLO

Otras veces, si rendido
el venado se dobliega
por la salvaje masiega
en su fuga detenido,
el potrero con un bufido
sobre el venado se lanza,
se contrae, brinca, lo alcanza,
y la lividez verdosa
de la cabeza espantosa
ríe un grito de venganza.

A los lloros de la luna,
sobre la escena infernal,
se estremece el achiral
que festonea la laguna;
e interrumpe la lobuna
risa del descabezado
el reposo descuidado
de la garza empenachada,
del cisne y de la pintada
gallareta del bañado.

De aquella risa el gruñido
flota sobre el varillaje
del juncal, como el salvaje
resoplo de un tigre herido;
por el eco repetido

va de verdor en verdor,
asusta al zambullidor,
a la espátula despierta
y mueve, al morir, la puerta
de la choza del pastor.

La cabeza degollada
sobre la res, casi loca
de angustia y miedo, coloca
la mano fría y crispada;
ese, sobre la piel felpada
de la res estremecida,
la púrpura de la herida,
y cada gota que vierte
la cabeza, se convierte
en coral enfurecida.

Silba, se enroscó, se arquea
sobre el venado jadeante,
aquel montón bermejeante
de reptiles en pelea;
cada coral gallardea
su furia en el fachinal,
y su ponzoña letal
derrama el diente ahuecado
una vez en el venado
y doce en otra coral.

Luna que doliente lloras,
suspendida en el vacío,
las lágrimas del rocío
sobre mis viejas toloras,
nunca en las aguas traidoras
del estero secular
vuelva tu luz a brillar,
tragando al vampiro odioso
lo verdinegro y hloso
de las pajas de techar.

Bajo el montón sibilante
que cólerico se eriza,
la pobre res agoniza
tumefacta y palpitante;
la luna pone un diamante
en el pretal acerado
del potrero del degollado,
y la espantosa cabeza
muerde con ruda fiereza
la garganta del venado.

De pronto, sobre el temblor
de los juncos de la orilla,
suave y lentamente brilla
como un lejano blanco;
por el fachinal traidor
avanza aquella blanca,
un tero grita en la altura,
dianea el clarín del gallo
y el diabólico caballo
se esconde tras la espesura.

Esta rusticana historia,
¿es embuste o es verdad?
yo era niño y a esa edad
todo cuánto sabe a gloria;
aferróse a mi memoria,
mi madre me la narró
y mi madre la aprendió
de un chocho que metrizaba,
que con las nutrias hablaba
y en el fachinal murió.